

BATISTET

I

Batistet salió a la puerta de casa, miró a los lados y no vió a nadie sino a un perro que en las horas de la mañana tomaba el sol.

—No sé si podré juar,—rumió, y pisó la acera conquistando la calle.

Eran las ocho, esas ocho en las que se entra en la escuela. El niño no tenía ganas de ir a clase. No las tenía nunca y pocas veces iba a ella. Prefería acudir a la estación, o al almacén de naranjas, o al puerto. En cualquier sitio era tenido por más de lo que en realidad era.

En la estación traginaba cestas, maletas; se le tenía como a un hombre. En el almacén le injuriaban los carreteros; blasfemaba libremente y hacía de ladronzuelo. Ir al puerto, no obstante, era su mayor orgullo.

—¡Nadar!

En la escuela no hacía nada. Ni tomaba el sol, ni hablaba fuerte, ni se sumergía, buceando, en las aguas del mar.

—¡Nadar!

Batistet poseía un cuchillo con el cual podía matar hombres.

Era un niño de imaginación; por eso llamaba «cuchillo» a una hoja oxidada, llena de accidentes el filo, que formó parte de diminuta navaja.

Batistet palpó el cuchillo. La calle continuaba desierta: Ni veía hombres que matar ni compañeros de juego. Se hallaba sin oriente.

Pero era el niño de las grandes resoluciones. Se acercaría a la escuela a la caza y conquista de condiscípulos.

Llegó a la esquina y ojeó pillamente la puerta de entrada. Jamás lo hiciera, pues su desinterés en asistir volvióse comozón.

¿Qué sucedería hoy?

Había visto entrar los chicos, arreglados con ropa de domingo. Pocos minutos después llegaba Salvoret.

—Xe, tú! Per qué vas tan mudat Batistet no podía saberlo. El maestro lo había dicho ayer. Tenían que ir los niños a una fiesta. Casi no faltaría nadie.

—Escolta. I mos donaran xocolate?

Batistet no estaba sino por las cosas agradables. El ya sabía lo que son ciertas fiestas; principalmente las de arrabal en las que las confituras son alternadas con la devoción religiosa. La fiesta de hoy no podía ser dulzona, pues en su deambular de ayer no oyó la dulzaina, ni el «tbalet» le conmovió el corazón.

—Quina festa será?

Empezaba a preocuparle la preparación escolar e intrigado entró en la escuela.

II

A dos de fondo iban los chicos por la calle, más atentos a motejar los transeuntes y abrir las puertas bajas y llamar en las escalerillas, que a portarse correctamente como regimiento en marcha.

Batistet no podía llevar seriedad. Se separó de las filas.

El maestro le obligó hacer camino a su lado.

—A on anem?

—Usted ha de hablar en castellano.

—Ual Bueno!

Batistet comprendía una vez más que él no podía ir a la escuela.

III

El salón era lleno de antiestético ornato: La gente estaba cansada de esperar, pero esperaba pacientemente. Los niños, iquietos, tendían charlas. Batistet recitaba sus aventuras.

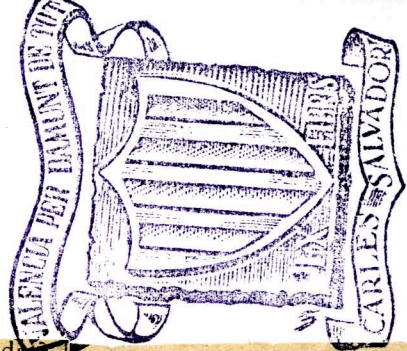
—Un día vaig guanyar tres pesetes...

Los compañeros acataban, impotentes de emulación, aquellas narraciones mediterráneas.

IV

Llegó la comitiva presidencial y empezó el acto.

Un señor rompió el hielo ambiente de la sala discursando con énfasis; y siguió el recitado de



unos versos frívolos honorando la figura del navegante; y una señorita de fácil decir pronunció un himno a la cruz y a la lengua. Aún hubo más: un recital de piano; y un discurso ampuloso de consejos espirituales y de conquista guerrera; y la ejecución musical de marchas de Estados hispano americanos.

Y nada más.

Es posible que el descubrimiento de América se solemnizara poco después el comedor de algún hotel.

Por lo menos a Batistet le pareció que el finado festival no era bastante para divulgar a Cristóbal Colón y para unir nuevamente, en casa, a las gentes que de ella habían huido.

V

El maestro preguntaba a sus alumnos qué tal tenían pasada la mañana.

—Muy bien,—contestaron unos, los mayorcitos, y decían «muy bien» sonriendo e iluminando los ojos.

El maestro inquirió:

De todo lo que se dijo ¿qué recordaban? ¿Qué les agradó más? ¿La música, la poesía, la académica peroración, el decorado?

Los niños mudaron el semblante. No recordaban la fiesta. Los pobrecitos no fueron atentos a cuanto en el salón había sido.

Batistet tenía la culpa. Batistet que les contó, momentos antes, cómo había ganado tres pesetas.

—¡Batistet!!!

—Yo no més he dit que vaig fer de volantiner.

Una carcajada, a coro, hicieron los niños.

VI

El maestro no estaba para bromas, ni para castigos.

Siguió preparando la fiesta nacional de su escuela para llevarla a cabo por la tarde.

Mientras, su intelecto comprendió que el festival mañanero no se había sabido hacer.

Tal vez unas anécdotas dichas a la manera de Batistet...

Batistet era, realmente, un modelo.

—A la tarde, me luciré,—dijo el maestro, alegrado el corazón.

Carlos Salvador.